

El Epicureo,

novela por

Thomas Moore.

Traducida del original inglés por
José M. Meredia.

Capitulos 1, 2, 3, 4, 5, 6 y 7.

Carta

dirigida al traductor, por un amigo suyo.

Cairo, Junio 19 de 1800.

Amigo y Señor mio: en una visita que hice últimamente al convento de San Macario, situado, como N. sabe, en el valle de los Lagos de Natron, logré adquirir un manuscrito Griego bastante curioso, que remitiré a N., esperando que tal vez se resolverá a traducirlo. El monje que tal vez se resolvió a traducirlo, muy atareado en hacer tirar algunos pergaminos, que parecían hojas de libros antiguos, le pregunté que fin llevaba en ello, y recibí la siguiente explicación.

Los Arabes, que parecen ser tan aficionados a las patomas como los Egipcios antiguos, tienen la creencia supersticiosa de que estas cosas prosperan si se ponen en los palomares algunos pedacitos de papel escrito, que ellos mismos hacen como talismanes; y los monjes, siempre dispuestos a sacar partido de la superstición ajena, tienen ~~muchos~~ de venta un número considerable de tales amuletos.

En general, aquellos santos varones, han acostumbrado emborrazar por sus propias manos los papeles o pergaminos de que hacen los fragmentos mágicos expresados; pero en aquellos días se habían aborrazado este trabajo, por haber descubierto en un sótano ~~un~~ ^{un} cajón de manuscritos antiguos, que por tratar principalmente de alquimia, se infiere que fueron escondidos allí en tiempo de

robleciano. "La vez," anasí el buen monje,
"que tales nuestrs. soló pudesen servir para
los palomares de los Arabes."

Manifiéstole mi deseo de salvar alguna parte
de aquellos tesoros, condenado á tan triste fin
por ^{su} aquellá indolente fraternidad, y no
tuvo embarazo en cedérmelo el manuscrito que
incluyo, expresándome que no quedaba otro en-
toso, y yo le pague muy gustoso el precio
que por él quiso pedirme.

Espero que V. conveendrá conmigo en que
la narración que contiene es bien interesante,
y no dudo que llamará su atención la coin-
cidencia de ^{la} curiosas pormenores que expresa
el capítulo VII. con la descripción de la mis-
ma ceremonia en el romance de Lethos. (x)
Con la esperanza de que se resuelva V.
á traducir y dar á luz esta ~~obra~~ ^{obra}, me repi-
to muy afectísimo,
S. D.

(x) En lo "Viaje de Antenor" se halla la descripción
á que aquí se alude, copiada literalmente de
Lethos.

El Epicúreo.

Capítulo 1.º

En el año cuarto del Emperador Valeriano, los
sectarios del Epicúreo, que por aquel tiempo eran
muy numeroso en Atenas, procedieron a elegir
una persona que desempeñara la presidencia
vacante de su secta; y esta elección recayó en
mí por unanimidad. No entraba entonces en lo
veinte y cuatro años de edad, y no había e-
jemplo de que antes recayera tal encargo en
una persona tan jóven. Empero, la juventud
y las ventajas personales que la adornan
pueden suponerse que debían ser recomendacio-
nes poderosas para una secta que incluía to-
da la hermosura y talento de Atenas, y aun
que dignificaba su objeto con el nombre de
filosofía, casi no era más que un pretérito
para el cultivo y goce de placeres más refi-
nados.

El carácter de la secta había ciertamen-
te cambiado mucho desde el tiempo de su
sábio y virtuoso fundador, el cual, aseguran
de que el deleite: era el inicio bien, ensena-
ba a la vez que solo el bien puede produ-
cir deleites verdaderos y puros. Habíase olvidado

muy pronto la mejor parte de esta doctrina,
y el templado Epicuro habria reconocido
tan dificilmente su secta en la reunion de
gente voluptuosa que usurpaba su nombre,
como su tranquilo y modesto jardin en lo es-
plendido cenador y bosque magnifico entre
los cuales celebraba sus reuniones la escuela
epicurea.

Ademas del atractivo de su doctrina, concurrían
muchas causas para que nuestra secta fue-
ra la mas popular entre tantas aun so-
brevivian a la gloria de Grecia. Puede
observarse generalmente que cuando una par-
te de la comunidad tiene ideas muy rigidas
sobre punto religioso, la otra suele caer en
el extremo contrario de relajacion e increduli-
dad; y esta especie de reaccion contribuye
entonces principalmente a poner en moda
nuestra doctrina. Lo rápido progreso de la
fe cristiana habian alarmado a todo lo que
por piedad o equivo tenian interes en la
continuacion del culto pagano; a todo lo que
creian en las divinidades del Olimpo, o vivian
de ellas. De aqui nacio un aumento conside-
rable de actividad y zelo en todas las auto-
ridades constituidas y sacerdotes de todo el
mundo pagano. El rigor suplico lo que faltaba
de sinceridad a la conciencia; las partes mas de-
biles de la mitologia se defendieron por lo mis-
mo con mayor furor, y las leyes castigaron con

2
la mayor severidad cualesquiera tentativas que
tuviesen por objeto ridiculizar á Saturno, ó á
sus esposas.

En tales circunstancias, entre la sana celosidad
de la fe antigua y decadente, y la autoridad
señalada y sublime de su adversaria, era con-
siguiente que los amigos de una vida cómoda y
voluptuosa, que no tenían interés alguno en
la religión establecida, y eran demasiado in-
dolentes para querer estudiar la nueva, pro-
curaran ponerse á cubierto de la severidad
de ambas, con el manto de una filoso-
fia placentera, que dejando á otros la ta-
rea de disputar sobre lo futuro, concentra-
ba su sabiduría en el pleno goce de lo
presente.

Los sectarios del Jardín, desde que murió su
fundador, habían tenido por costumbre dedi-
car á su memoria el día vigésimo de ca-
da mes. A estas fiestas mensuales se había
agregado posteriormente una gran celebracion
anual, en conmemoracion de su nacimiento.
Las funciones dadas con tal motivo por mi pre-
decesor, en la presidencia, se habían dis-
tinguido invariablemente por su buen gusto
y esplendor; y yo ambicionaba no solo imi-
tar este ejemplo, sino hacer tan brillante
el aniversario próximo á celebrarse bajo mi
auspicio, que eclipsase la memoria de cuan-
to se habían precedido.
La verdad, pocas veces había presenciado

Atenas un espectáculo tan espléndido. El terreno
que formó el recinto primitivo del Jardín, ha-
bía recibido en distinta época, alimento conside-
rable, y todo él estaba dispuesto con aque-
llo exquisito que sabe unir la naturaleza
con el arte, sin sacrificar la sencillez de
la primera a sus alianzas con el segundo. Pa-
saba por entre calles de árboles fragrantos y som-
bríos; espacio abierto en aquel bosque artifi-
cial, como para que desplegara la luz del
sol sus efectos mágicos; templo erigido en los
mismos lugares donde lo había conjurado
la imaginación más risueña, y fuente y
lagos, ya en movimiento, ya en reposo, ora
delirándose entre la fresca verdura, ora dis-
miéndose placidamente en su brasa, tal
era la variedad de aspecto que diversifi-
caba aquellos hermosos jardines; y animado
como estaba en aquellas ocasiones, por todos
los ingenios y gracia de Atenas, presentaba
un cuadro tan admirable, que apenas ha-
bría podido crearse igual ni fantasma, aun
que entonces era riquísima en imágenes bellas
y voluptuosas.

Las ceremonias del día concurren al a-
manecer, a cuya hora, según la costumbre de
otro tiempo, más inocentes y mejores, los disci-
pulos que vivían en el mismo Jardín, lle-
varon en procesión de cuarto en cuarto las
imágenes de nuestro fundador, cantando versos

en elogio de su frugalidad y templanza; vir-
tudes que de mucho tiempo atrás no eran
ya objeto de nuestra imitación.

En torno de un hermoso lago que adornaba
el centro del jardín, se alzaban cuatro tem-
plo dórico de mármol blanco, en uno de to-
cuales se había reunido una biblioteca, que
contenía todas las flores de la literatura
griega, al paso que los otros tres se había-
ban dedicado á la conversacion, el canto y
la danza. En la biblioteca había busto
de todo lo epicúreo, mas ilustres, tanto de
Roma como de Grecia, de Floriano, Atico,
Plinio el mayor, el poeta Lucrecio, Lucio
no, y Diógenes Laercio, el biógrafo de lo fi-
losófos, á quien poco antes habíamos per-
dido. Tambien estaban retratados en mármol
todas las mujeres eminentes de nuestra secta,
Leoneia y su hermosa hija Danae, Semis-
ta, Pitena y otras.

Allí fue donde con mi representación de
Mercurio, recibí en la mañana de la fiesta
las felicitaciones que con tal motivo me
dirigian los labios mas bellos de Atenas; y yo,
al pronunciar la oracion acostumbrada á la
memoria de nuestro fundador, en que ordi-
nariamente se explicaba su doctrina, procuré
lograr el arte, tan útil ante tal audito-
rio, de extender sobre lo asunto mas graves y

6.
Hay gracia de estilo, que les asegura ayuntamiento
entre las personas mas ignorantes o disipadas.
Aunque es facil suponer que el estudio ocu-
paba muy pequeña parte de la mañana
en el jardín, con todo, se cultivaba zelosamen-
te ~~en~~ la parte meno grave de la literatura,
es decir, aquella porción de su miel atica,
para cuya busca no tiene que penetrar mu-
cho la abeja en el cáliz de las flores. Em-
pero, aun la prosecucion del estudio, tan ligero
solia tener allí su obstáculo, en distracciones
araso las mas peligrosas; y con varias de
muy hermosas discipulas solian ocurrir escenas
como la siguiente, descrita del natural por
un poeta del jardín.
Cuando en la tarde placida y serena
nuestro dórico templo dibujaba
del terso lago sobre el puro espejo
su prolongada sombra, en la escalera
de mármol que a su pórtico nos guia,
una hermosa doncella de Corinto
sentada ortaba, y sobre algun volumen
con inefable gracia se inclinaba.
A su lado entro tanto un sabio jóven
de su cabello lo flotante rizo
con gravedad abraba, temeroso
de que la docta página cubriesen.
Mas la parte mas lijosa de aquella fiesta
se habia reservado para la tarde, y noche.
Iluminoso todo el jardín con la variedad mas
suave de luces y colores; y en el lago de las Fen

4.
plo flotaban infinitas guirnalda de flores, en
tre las cuales, como en una pradera liqui
da, navegaban algunos botes llenos de niños
hermosísimos.

Doz de estos botes mantenían entre sí un
combate perpetuo, y sus comandantes mupel
tivos, que eran doz jóvenes muy gallardo,
representaban á Ero y Antao; es decir,
al amor celestial de los Platónicos, y á otro
al espíritu muy terrenal y sensual, que usó
pa el nombre de amor entre los Epicúreos.
Toda la noche sostuvieron con vario éxito su
contienda; procurando Ero no acercarse mu
cho á su antagonista muy activo, por temor
á los rardos de fuego, que continuamente le
arrestaba, y que cayendo en el lago solo
chamuscaban las flores sobre las que se
estinguían.

En otra parte del jardín, en un prado ver
de y florido, iluminado solamente por la
luz de la luna, varios manebos erogido por
su agilidad, y adornado con alas como Cu
pido, imitaban la danza ó carrera noctur
na de Panatenea; y no lejos de allí, un
grupo de siete niñaf, cada una de las cuales
llavaba una estrella en la frente, represen
taban los movimientos del coro planetario, y
daban cuerpo y movimiento efectivo al sueño fi
losófico de Pitágoras.
Ofreciase á cada paso un encanto nuevo á los

6

ojos á á lo sidos. A vez, del centro de un bon
 quecillo, en que brotaba una fuente, salia una
 música suave, que mezclando sus notas con
 el murmullo de las aguas, parecia la voz del
 espíritu que presidia su placido curso: á ve-
 ces la música salia suspirando de entre las flo-
 res; e parecia brotar repentinamente del seno
 de la tierra, como si las pie acabaran de tocar
 el resorte que la ponía en movimiento.

Parece extraño que despues de tanto tiempo aun
 me detenga yo en descripciones tan minuciosas;
 pero todo lo relativo á aquella noche memora-
 ble, aun me preocupa, de que con tanto dolor
 me he arrepentido, debe para siempre vivir con-
 sagrado en mi memoria. La función terminó
 con un banquete, al que por supuesto presidi; y
 viendo que era yo el espíritu que animaba
 toda la escena, procuré reparar vivacidad y ju-
 bilo sobre cuanto me rodeaban, y vi mi propia
 felicidad reflejada en la de los otros.

Capítulo 2.^o

Terminó la fiesta: cesaron los son de las danzas
 y cánticos, y al fin me quedé solo en aquellos
 esplendidos jardines. Aunque era un voluptuoso
 bien ardiente y activo, la naturaleza me ha
 sido dado un carácter eminentemente melancólico,
 una imaginación que me presentaba pensamientos
 tristes aun en medio de la mas ruidosa alegría,
 y echaba la sombra dudosa de lo futuro sobre
 las ilusiones mas vivaces de lo presente. La me-

9.
lancolia fue siempre en mi alma compañera
inseparable de las pasiones, y nunca, ni en su
fervor mas vivo, pudieron estas sofocar del to-
do ^{aquella} ~~la~~ voz ligubre y solemne. Desde el primer
momento que alcuro a recordar, se halla entre
tejido este hilo oscuro en la trama de mi e-
xistencia; e imágenes infestas de muerte y ani-
quilacion se han mezclado con las escenas mas
gratas y voluptuosas que me ha proporcionado
una carrera activa de goce. Aun mi pasion
al deleite realzaba ^{mas} el efecto de aquellas
imágenes sombrías. Excluido por mi creencia de
toda esperanza sobre una vida futura, y li-
mitado al estrecho horizonte de esta, cada
minuto de placer tomaba una triste preciosi-
dad a mis ojos, y el deleite, como las flores
de la catedral, se hacia mas precioso y
lucroso por su misma inmediatez a la muor-
tel.

En aquella misma noche habia gozado con
pletamente mi triunfo, y felicidad: yo habia
sido el genio regulador de aquella escena vo-
luptuosa, y mi ambicion y amor al deleite
casi habian apurado el cálix que apetecian.
Honderado por lo sabio, amado por las hermosas
y los jóvenes, habia visto en todos los ojos que
encontraba lo mio la confesion de triunfo para
de, o la promesa de otro mas brillante fu-
turo. Sin embargo, me perseguian lo mismo pen-
samiento tenebroso, y me angustiaba en ser la

7

idea funebre se que yo y cuanto me cercaban
debíamos perecer al cabo. Las manos que yo ha-
bía estrechado en las mías, los ojos en que cen-
tillaba un espíritu de luz y de vida que
parecía inextinguible, las voces que me pro-
faban perdurable cariño, todo, todo era solo
una farsa momentánea, de que solo quedaria
eterno el silencio de su polvo!

Rara vez se habia entregado mi corazón ma-
completamente a esta vaga tristera, que en aque-
llos momentos, ^{en que} vagando pensativo entre las
resonancias lámparas y flores medio marchitas
del festín, solo resonaba el eco de mis pasos,
donde poco antes se agitaban tantas figuras bellas
y amables entre vapores de la mar húmeda al-
goria. La luna resplandecía en el cielo, aun-
no apuntaba la aurora, y las glorias traque-
las de la noche todavía reinaban sobre la ma-
rinal. Absorto en mis cavilaciones, anduve co-
rante por el jardín, hasta que me encontré
ante la ~~hermosa~~ bella estatua de Venus con que
habia hermoseado el uncil de Fleameng, imá-
gen de la mujer deificada, solo idolo a que
habia yo doblado las rodillas. Apoyado en
su pedestal, levante los ojos al cielo, y fijando
la intensa y tristemente en las estrellas in-
mortales, como si quisiera leer en su luz el
melancólico secreto, les pregunté ¿por qué habia
de perecer el hombre, cuando ellas, menas admirables
y gloriosas, existian en luz inmutable y eter-
terna? "Oh!" exclamé, "que no haya alguna encan-

11.
to, alguna talisman para hacer inmortal co-
mo sea estrecha el espíritu que no anima, y
abrir á su deseo una carrera como la suya,
ardiente, ilimitada, por toda la extensión in-
finita del tiempo futuro!"

Mientras yo me abandonaba á tales pensamien-
tos, se apoderó de mí aquel cansancio que siempre
deja tras sí los placeres de los sentidos, por dul-
ces que sean, como para mostrar su naturale-
za terrestre, y me quedé dormido al pie de la
estatua.

10. Empero mi fantasía excitada no descansó ni aun
durante el sueño, y tuve una vision tan viva,
que dejó tras sí la impresion de la realidad.
Creíme transportado á una vasta llanura de
tierra, en que nada parecia respirar, moverse
ó existir. Habia el cielo que la cubria semejaba
pálido y confuso, dando idea no de oscuridad,
sino de una luz venia estinguida; y en fin,
aquella triste region no habria parecido mas
muerta y desolada, aunque fuera un resto de
algun mundo anterior, abismado en el espacio,
sin sol y sin vida. El único objeto que pare-
cia animado en aquel metacósmo yermo era una
centella luminosa y móvil, que al principio vis-
lumbraaba dudosamente á mucha distancia, y
al fin se acercó poco á poco al lugar en que
yo estaba. Entonces percibi que aquella débil
luz provenia de una lámpara que traia en
la mano un hombre de venerable y pálido as-
pecto, que al fin se me puso delante, como si
fuere un mensajero del sepulcro. Despues de algunos

8

momento de silencio pavoroso, durante el cual me miraba con unas tristezas que penetraron hasta el fondo de mi alma, exclamó: "¡Sí, que busques la vida eterna, ve a las márgenes del oscuro Nilo: ve a las márgenes del oscuro Nilo, y encontrarás la vida eterna que deseas!"

Apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando la palidez mortal de sus mejillas se convirtió en un fuego sobrehumano. Su pequeña antorcha despidió un brillo que de repente iluminó toda la superficie del desierto, hasta los límites de su horizonte, en el cual se distinguían ~~se~~ distinguían ya jardines, palacios y torres, iluminados por el aureo brillo que al ponerse el sol colorea las estructuras fantásticas de las nebulas. Oíase doquiera una música celestial, y por todas partes brotaban tan ^{to} y tan variados resplandores, que me despertó aquel exceso de luz y armonía.

No puede ser anomalía rara ni estrana el que los incrédulos sean supersticiosos. La fe de una agencia sobrehumana parece natural y necesaria en el hombre, y si no se la deja tomar su curso ordinario, siempre se manifestará de alguna otro modo. Por esto mucho que han dudado la existencia de un Dios, se han puesto simplemente bajo la protección del Destino o de las estrellas. No experimentaba entonces una inconsecuencia semejante. Aunque absolutamente negaba una Providencia Divina, tanía en lo sucesivo una fe que no habían podido contrarrestar todos los argumentos de mi filosofía, y que alguna o casualmente había confirmado la experiencia.

alguno intervalo de soledad, durante lo cual, la
 excitacion constante de mi vida, obrando ^{sobre} un
 coraron ardiente y una imaginacion viva, produ-
 cian una especie de embriaguez mental, que me
 ponia fuera de mi mismo. Aumentabase aquel
 trastorno por la constante lucha entre mis sen-
 timientos naturales y la creencia helada y mor-
 tal de mi secta; y procurando librarme de su
 mortifera claridad, me abismaba sin freno en ra-
 giones imaginarias de cavilaciones y conjeturas.
 Impero, aun en lo momento que ~~tenia~~ de un
 raron y calma, me perseguian perpetuamente
 aquella vision misteriosa. Nada era todo mi
 esfuerzo para alejarla de mi espíritu; y al ca-
 bo me convencí de que no tendria descanso ha-
 ta que por lo meno hiciera un viaje a Egipto,
 ni podria cobrar la raron hasta que ella
 experiencia me convenciese de mi locura. Por lo
 mismo, anuncié desde luego a mi compañero del
 Jardin que trataba de visitar la tierra de las
 Pirámides, aunque a ninguno osé confesar el im-
 pulso vago y visionario que me dirigia. Díjole
 que pretendia mejorar alli mis conocimientos, y
 ella creyeron que solo llevaba por objeto el vi-
 vertimes. Teniase que mi ausencia perjudicase
 a lo intereses de la escuela epicúrea, y ademas,
 existian otro vinulo mas tierno, para lo cual
 aun era mas peligrosa una separacion. El primer
 inconveniente se allano con una sustitucion tempo-
 ral, y al segundo con una distribucion habil del ju-
 ramento y suspiro. Provisto con cartas de recomendacion
 para diversos puntos de Egipto, me hice a la vela
 con direccion a Alejandria en el verano del año del Señor 257.

Capítulo 3º

El viaje de mar debía parecer al modo menos agradable de perder el tiempo, si quisiera como yo disfrutaba cada momento en tierra tanta delicia. Varias veces, al pasar por alguna isla de aquellas maras, la pollaba mi fantasía con figuras, batallas y coraciones, a tiernos, a quince con mucho gusto una habría deseado a ofrecer mi homenaje. Pero el viento suplaba directamente hacia la tierra del misterio, y además, una voz interior me repetía sin cesar: "¡adelante!"

Nuestro viaje fue ya menos próspero al acercarnos a la costa de Egipto; y las divinidades del Nilo no dieron una muestra de sus benevolencia en forma de una tempestad, o por mejor decir, torbellino, que casi lcho a pique nuestro bajel, y que lo egipcio de a bordo nos dijeron ser obra de Sifon, su dios. Después de una día y una noche de peligro, en que el mal tiempo no hizo declinar al oriente de nuestro rumbo, pareció reinar en lo aires un influjo may benigno, y al fin, cuando apuntó serena la aurora, viendo salir del mar la bella ciudad de Alejandria, con su palacio real, su pórtico de cuatrocienta columnas, y la hermosa columna de columnas, abandonó a la nubes como una torre en medio de aquella magnífica escena. 15

Después de examinar tan admirable cuadro, pasamos rápidamente junto a la peña de Faro, y a lo poco minutos no encontramos en el puerto de buertos. El sol había salido ya, may aun ar-

dia la luz en la gran torre de la perla, y se notaba una languidez en los primeros movimientos matutinos de aquella ciudad voluptuosa, cuyos templos y palacios reflejaban silenciosamente la luz del sol, que indicaba con claridad las fiestas de la pasada noche.

Pronto desembarcamos en el muelle, y aunque yo acababa de salir de mi hermosa Atenas, cuando entro una linea de palacio y altares subidos por la calle que va del mar a la puerta de Canopo, no pude menos de admirar aquel espectáculo, aun mas por su novedad que por su magnificencia. El lujo y los delicos refinados que prometia una ciudad tan esplendida no eran lo menor attraction con que la adornaba mi imaginacion. Al contrario, todo parecia profetizarme alli placeres futuros. Aun las formas de la arquitectura egipcia conjuraban figuras gruesas y bellas en mi fantasia exultante; y hasta la tectusion sombría de los templos y losques sagrados solo me hablaba del misterio piadoso y amoroso. Al animarme en torno de mi toda aquella brillantez oscura, como que aun que Egipto no me revelara el secreto de prolongar la vida, podia asegurarme sin dudas el aumento que le sigue en importancia, esto es el multiplicar sus jeses.

La poblacion de Alejandria es la mezcla mas singular de cuantas naciones, religiones, y sectas ha reunido en tiempo alguno el recinto de una ciudad. Junto a la escuela del Platonista griego se hallaba el ^{oratorio} sinagog del judio cabalistico;

y la iglesia del cristiano se levantaba en la
paz sobre las bóvedas que escondian lo misterio
del hierofante egipcio. El adorador del
fuego, hijo del oriente, se burlaba del adorador
supersticioso de los gatos. Tambien el cristianismo
habia aprendido alli desgraciadamente a em-
bellar las extravagancias del paganismo; y mien-
tras uno de sus profesores ofitas se arrodillaba
con grave devocion ante su serpiente, un
niconiano disputaba con no menor gravedad que
no ~~era~~ habia esperancia de salvacion fuera del
circulo del alfabeto griego. Aun era peor el amar-
go celo que irritaba ya al cisma de los cristianos;
y a mi llegada, solo se hablaba del menor y
del ~~otra~~ con que se perseguian reciprocamente los
griegos y latinos, por que uno ayunaban el
septimo dia de la semana, y otro el cuarto y
tercio!

No me hice caso alguno de todas aquellas religiones
o sectas, como me fuesen para burlarme de ellas.
Uscame en la ciudad mas voluptuosa del universo,
y cedi sin reserva a las seducciones que me rodea-
ban. Habian precedido mi reputacion de filosofo
y hombre amable, y Alejandria, la segunda Atenas
y me recibia como ciudadano suyo. Ahi celebra-
dad fue un talisman que me abria todas las puertas
y coraron. Se me dispenso el noviciado comun
del concubinato, y contrahe amistades y amores con
la misma rapididad que brota la vegetacion al
retirarse las aguas del Nilo. La hermosura morena
de las mugeres egipcias tenia para mi una novedad

que realzaba sus otros hecheros, y el ardiente reflejo del sol en sus terrazas mejillas, solo era un indicio del ardor que inflamaba sus corazon. De la fruta el color, que no predice la dulce madurez que dentro encierra.

Pasaron algunas semanas en tal torbellino de placeres, que aun la voz melancolica de mi corazon, si bien hablaba todavia, me causaba meno impresion, y se perdia muy luego entre los canonicos ruidos de las sirenas que me cercaban. Pero al fin, cuando perdieron su novedad aquellas escenas, comencaron a merecerse con todo mis gozos el mismo pensamiento funebre; y un incidente que ocurrio en una de mis digresiones mas gratas, contribuyo aun mas a restablecer su imperio.

Celebrese la Fiesta anual de Serapis durante mi permanencia en Alejandria, y yo me confundi mas de una vez entre la gloriosa multitud que con tal motivo concurría a su templo en Canopo. Mientras duró aquella festividad, el canal que va de Alejandria a Canopo estaba dia y noche cubierto de barcas, llenas de peregrinos de ambos sexos, deseosos de aprovechar aquella licencia piadosa, que realzaba el deleite prestándole una sancion religiosa, y en honor del cielo soltaba la rienda a las pasiones terrestres.

18. Volvime para Alejandria en una bellisima noche. El viento del norte, visitador tan gracioso en aquel ardiente clima, refrescaba la atmósfera, mientras las márgenes del canal, cubiertas con bosques de naranjos, exhalaban los olores mas deliciosos. Como la multitud se habia quedado atrás en Canopo, no parecia en todo el canal

19.
mas bote que el mio, y ya emporaba ya a en-
pregarme a los pensamientos que inspira la so-
ledad en tal hora, cuando interrumpieron mi ca-
lacion las voces de varias mugeres, que mezcla-
das con risa y clamores alegres, salian del jar-
din de una quinta brillantemente iluminada
en la orilla del canal.

Al acercarme, percibi que aquel festivo alboro-
to provenia de haber estado para caerse al
agua algunas muchachas juguetonas, que se ha-
bian empeñado en saltar una cerca de jaramin,
perdiendo el equilibrio, estaban colgadas de ella.
Apreciandome a ofrecerles mi auxilio, al reconocer
~~entre ellas~~ la voz de una de mis bellas amigas
de Alejandria, y apenas desembarque, me codee
todo aquel grupo, empeñado en que fuese con ellas
a la quinta, y curandome en lo vestago de
jaramin, que acababan de arrancar, me condujeron
en gustosa cautividad al salon del banquete.

En el hallé congregada la flor de la socie-
dad alejandrina. La casualidad de nuestra reu-
nion la hizo doblemente grata, y pocas veces
me habia sentido yo mas lleno de jovialidad,
o habia contribuido mas eficazmente a difundir-
la en otros. (19.)

Hallábanse en el festival algunas jóvenes grie-
gas, que segun el uso de su pais, tenian velo;
aunque mas para resaltar que para encubrir su
hermosura, cuyos resplandores traspasaban sin difi-
cultad aquellas nubes transparentes. Mas entre
ellas estaba una muger coronada con flores de color
oscuro, que en toda la cena permaneció valada,
inmóvil y silenciosa. Observé que no participaba

de la común alegría, que los manjares y el vino pasaban intacto ante ella, y que ninguno la decía una palabra. Tal abstracción de aquella escena tan alegre me pareció extraña y misteriosa, aunque solo yo parecía repararla. Pregunté su causa á mi hermosa vecina, pero se puso muy seria, y enmudeció al instante.

Entretanto circulaban libremente la lira y las copas; y una jóven de Atenas, como si la inspirase la presencia de un compatriota suyo, tomó su laúd, y acompañándose con él entonó algunas canciones griegas, con tono tan afectuoso, que me arrebató en idea á las márgenes del Iliso, y aun en medio de mis placeres presentes me arrancó un suspiro por lo ya pasado. Apuntaba ya el día cuando nuestra gloriosa reunión pensó en disolverse, y cada cual fue recordándose con repugnancia para Alejandria.

Apenas habíamos desatado nuestro bote, cuando la jóven ateniense echó mano ^{de su} laúd: ^{mi corazón se supo dulces sonidos,} ^{su laúd: corre á buscar} lo en la sala del banquete, que estaba ya sombría y desierta, pues solo quedaba allí la silenciosa figura del objeto de mi curiosidad y asombro. Al acercarme me sentí un movimiento vago de terror: no se movía, no respiraba, ni aun se agitaba siquiera una hoja de la quinquinalda fúnebre que tenía sus sienes. A la luz de una moribunda lámpara que ardía ante aquella figura, alzó su velo con mano tremella, y vi... lo que anticipaba ya mi imaginación; un esqueleto! Atorado, confundido, corré con el laúd al bote, y en el resto del viaje permanecí casi tan mudo como aquella figura misteriosa.

La costumbre egipcia de colocar una momia ó esqueleto en las mesas de los banquetes, había ya caído

26.
en desuso, excepto en ciertas ceremonias particulares; y
aun entonces, los voluptuosos alexandrinos acostumbraban
disfrutar este monumento de mortalidad en
la forma que he descrito. Mas hallandome entre
vamente desprevenido para tal espectáculo, me hi-
zo una impresion de que por mucho tiempo se
resistia mi fantasia. Aquel tertigo silencioso y
muerto de la jovialidad y el gozo, parecia pro-
nunciar la sombra que atormentaba mi corazón.
La fisionomia del sepulcro quedo ya grabada en
la idea que me ~~permanencia~~ ^{acostumbraba}, y el triste retrato
de lo que yo debia ser algun dia, se mezclaba
con el aspecto mas brillante de lo que entonces
era.

La memoria de mi vision en sueno se renovo
en mi fantasia con mas vivacidad que nunca,
y tenia sin cesar ante mis ojos la sonrisa ma-
gestuosa y solemne de aquel genio venerable,
y sus palabras fatidicas: "He a las margens del
riverso Nilo, y alli encontrareis la vida eterna
que desear!" Mas aun nada habia hecho yo pa-
ra que se realizase aquella promesa esplendida.
Alejandria no era Egipto; ^{21.} y ni aun existia el
terreno que pisaba yo entonces, cuando Tebas y
Memfis contaban ya siglo entero de gloria.
"Si," exclame; "bajo las Piramides de Memfis, o en
los salones misticos del Laberinto debo yo buscar
los santos arcanos de sabiduria que el mundo ante
deluviano dejo a Egipto por herencia, y entre los
cuales (pensamiento consolador!) puede estar la llave
de la vida eterna."
formada mi resolucion, me despedi de mis amigos
migos alexandrinos, y parti para Memfis.

Capítulo 4.º

Egipto con entre todos los países del mundo el que debía afectar con mayor fuerza mi temperamento e imaginación, conservando en excitación continua la sensibilidad de uno y otra, por la mezcla de su leptuoididad y melancolía que caracterizaba á su población, culto y aun aspecto físico. Donde quiera que volviera los ojos, veía desierto y jardines, mercedando su desolación y lozanía, cenadores floridos junto á sepulcros, y al placer y á la muerte volaban desde mutuamente de hora en hora. Aun la belleza misma del clima contenía la misma influencia entristecedora. El esplendor monotonos de los días, el brillo solemne de las noches, todo contribuía á fomentar la melancolía profunda y ardiente, á fomenta la meditación y las pasiones, que por tanto tiempo habia estado en posesión de mi alma.

Cuando salí de Alejandria, estaba en su mayor altura la inundación del Nilo. Todo el valle de Egipto se hallaba cubierto por ella, y cuando miraba en torno de mí tanto palacio, templo y monumento, iluminado por el último rayo del sol, y rodeado completamente por las aguas, casi me figuraba estar viendo la isla Atlántida, en la última tarde en que sus templos se veían sobre las olas. Ese cuadro de variedad y animación se apreciaba por ^{donde quiera!} ~~toda~~ parte! Aquel lago inmenso y poblado era un teatro en que el amor, la religión y el comercio presentaban escenas continuas ^{vida,} de pompa y gozo. Por una parte, sacerdotes, vestidos de blanco,

que llevaban en las manos varas místicas y cimbales
 de plata, entraban á los templos en procesion pausa
 da y solemne por escalinatas cuyo pie banaban
 las olas. Por otra bogaban hacia al mar hacia li
 geras, procedentes del Egipto superior, cargadas con
 plumas de pajaros brillantes, dientes de riodorante, pie
 dras preciosas de la uto de Meroc, y grano de oro
 sacado de lo torrente de Abisinias. En lo remanso
 que formaban el rio solian detenerse algunos pere
 grinos, y sacando sus barcas á la orilla, las oculta
 ban entre los lotos florido, y guarecido en ellas ca
 mo en un cenador, cantaban, conversaban ó dormian
 durante las horas calurosas; mientras no lejos de alli,
 bajo grupo de acacias cubiertas de flores, se banaban
 con admirable retoro porcion de ninfa, alegres, tan be
 llas y seductoras como la que logro arrastrar á su ca
 dena de tenoras del mundo, aunque no p la pu
 da echar al tercero.

lucantado con tales escenas, prolongaba yo mi
 viaje, visitando toda lo sitio venerable ó mag
 nifico, cuyos nombres ha consagrado la ventura
 cion de siglo entero. Halléme en ²³ Saís durante la
 fiesta de la Lamparas, y al resplandor de inmi
 merables luces en el templo de Neitha aquella
 noche, y jamás hombre alguno levanto mi velo
 y seras, y jamás hombre alguno levanto mi velo
 anduve paseandome entre lo obelisco postrodo
 de Heliopolis, y no sin suspirar, si souerir al sol
 sobre las ruinas, como si quisiera buelarse de a
 quella masa de mortal grandera, que en otro
 tiempo se llamaba con orgullo "la ciudad del
 sol." Empero mi peregrinacion muy agradable fue
 á la isla de Neivy Aurea; y al recorrer lo bos
 queillo y cenadores, que son sus unico templo,
 no pude meno de conocer cuanta profundidad profeta son
 para formar el santuario de una Divinidad lo

tallos y troncos vivos del jardín y el bosque, á las columnas mas preciosas que proporcionan la cantera inanimada.

En todas partes me aguardaban nuevos placeres, nuevas amistades; y aunque la metanastasia no me abandonaba del todo, su sombra funebre solo cubria la mitad de mi carrera voluptuosa, recibiendo con el contraste el brillo de la otra mitad. La narracion de mis varias aventuras en este corto viaje solo serviria para referir la de sucesos mucho mas importantes y dignos de memoria. Entre aquella variedad interminable de atractivos ^{y reducciones}, obedi al grande objeto de mi venida á Egipto: lo misterio de esta tierra del sol en nada lo dejaban de ser para mi, y hasta entoncez solo me habia iniciado en sus pla-

ceres. Empero, el gran secreto en que sonaba, toros á nublar mi mente con toda su inescrutable oscuridad la primera tarde que me encontré ante la pirámide de Menfis, y la vi elevarse como atalayas del tiempo, que cuando expiro, echara desde sus cúspides la última mirada al universo. Habia una solemidad en la luz del sol que reposaba sobre aquella monumento, una quietud como de reverencia en el aire que lo circundaba, que penetraban mi corazon, cual musica de lo tiempo pasado. Pensé que millones y millones de seres sabios, bellos y valientes se habian hundido en el polvo desde que la tierra vio por primera vez aquella maravilla, y exclamé en la amargura de mi alma: "¿Con que solo el hombre debe perecer! Con que la ingenio y corazon han de aniquilarse, cuando la pirámide durará! Muerte! Muerte! aun en estas ~~pirámides~~ ^{mas} destructible, única e proxima á la inmortalidad que es todo comprar aun á los reyes, escribo nuestro destino, diciendo en ca-

25.
racteres intoligibles y pavorosa: "Aquí vive el hom-
bre, no mansion eterna, sino tumba!"

Este pensamiento hizo desmayar mi alma; y por
lo pronto cedi al sentimiento desolador que abru-
ma al hombre cuando solo ve tinieblas en el por-
venir. Mas al fin prevaleció la vivacidad de mi
genio, y entregándome otra vez á sueño vano,
me aluciné ~~una vez~~ hasta creer lo que tanto
deseara, con aquella feliz facilidad que supl^e
la dicha con la imaginación. "Sí," exclamé, "la
inmortalidad debe estar al alcance del hom-
bre; y como la sola sabiduría merece tanto
bien, su secreto solo debe haberse revelado á
los sabios. Dices que bajo esa pirámide ha
yacido oculto por siglos la ~~real~~ de emeralda
en que antes del diluvio grabó el Grande Her-
mes el secreto de la alquimia, que produce
oro á discreción. ¿Por que no ha de hallarse
enterrado también allí el secreto muy grande
y celestial de la vida? Los reyes que respiran
en esta soberbia estructura, sin duda gastaron te-
soro inagotable en socavar la tierra hasta
su centro y abrir cuevas en el aire, para
proporcionarse tumbas que durasen á por del
mundo. ¿Quién puede asegurarnos que no poseye
también el don divino de la inmortali-
dad? ¿Quién sabe si todavía existen vencedores
de la muerte; si estas pirámides que llamamos
sepulcros son palacio rico e indestructible, en
cuyas cavidades subterráneas, aun vagan ~~ellos~~
ocultos á este mundo perecedero, aun vagan
ellos, con lo poco que participan de su don, en

un eclipse sin sol, pero iluminados por el saber
 y la riqueza? No siendo asi, ¿para que fueron
 estas estructuras enormes? ¿Para que ese reino
 subterráneo, que mina todo el valle de E-
 gipto? ¿Para que eso laberinto, que jamas
 vio ningun hijo de la tierra, que jamas pi-
 so ninguno del cielo, excepto el dios que tiene
 continuamente el dedo sobre sus labios silencioso?

Mientras yo deliraba de esta manera, el sol me-
 dio hundido en el horizonte, se despedia serena-
 y gloriamente de las Pirámides, como una tar-
 de tray otra lo habia hecho por siglo y siglo,
 hasta que le llegaron a ser tan familiares co-
 mo la tierra misma. Los frentes occidentales
 deslumbraban con su blancura, mientras sus son-
 bras gigantescas, alargándose hacia el oriente, pa-
 recian lo primero pasos de la noche, próxima
 a envolver en su sombra los montes de Ahaba.

Apenas desapareció el último rayo del sol, man-
 do para anunciar su ocaso se vieron flamear ban-
 deras doradas y de mil colores en todo lo techo
 de Memphis, mientras un inmenso golpe de música
 salia de todo lo templo situado en la máge-
 na del Nilo.

Aquellos sonidos interrumpieron mis cavilaciones,
 y recuerdo que ~~en~~ esa noche debia celebrarse la
 gran fiesta de la Luna. En una pequeña isla
 situada entre los jardines de Memphis y la orilla
 oriental del rio, se atrataba

el templo de la Diosa, cuyos rayos
 presiden a las horas apacibles
 de grato sueño y nocturnas flores.
 No sea del septentrion la Diana yerta,

que en yelo virginal dura esclavina
el curso de las fuentes y arroyuelos;
sino la que visita de Bubarrto
los bosques odoríferos, floridos,
y confiasa que solo en sus amores
puede la tierra competir al cielo.

Asi aclamaba yo, usando las palabras de un poe-
ta egipcio, cuando el gozar ya en idea los varios
delicias de aquella función, lancé de mi alma
todo pensamiento triste, y volviendo á mi pequeño
barco, en el cual vivia sobre las aguas, como un
pájaro del Nilo, me dirigí al aislado templo de
la Lunal.

Capítulo 5.º 26

La aparición de la luna, que salia con ma-
gestuosa lentitud, como si entendiera los honores
que ~~en~~ la preparaban en la tierra, fue salu-
vada por vivas aclamaciones de la muchedumbre
que cubria todas las alturas, aguardando con
impaciencia su primero rayo. Y rara vez ilu-
minaron esto mas crenas mas bella. Memphis
todavia grande, aunque no ya la Memphis sin-
rival que arrancó á Tebas la corona de supre-
macia, y las cién en paz por tanto siglo, her-
mosada por la luz de la luna, que armoni-
zaba con su decadencia, resplandecía entre sus lagos,
templo y pirámides, como un sueño del glorios
próximo a desvanecerse. Ya las ruinas eran har-
to visibles en torno sup. Las arenas del desierto lle-
vaban la invasión como un mar; y entre solia-
rias columnas y esfinges, medio sepultadas, parecia

estar el tiempo en espera de que cuanto al rededor florecia, cayese, como lo demaj, bajo su mano desoladora.

Sobre las aguas todo era vida y júbilo. Veíanse hasta el límite del horizonte las luces de innumerables barcas, que navegaban como rubias la superficie del río. Embarcaciones de todas clases, desde las barquillas de cuero construídas para bajar por las cataratas, hasta la magestuosa galera que se deslizaba lentamente al son de las flautas, venían a esta solenne función, llenas de gente joven y alegre no solo de Memphis y Babilonia, sino de otras ciudades aun muy lejanas.

Al acercarme a la isla, vi brillar entre los árboles de la playa las lamparas de muchos peregrinos que corrían a presenciar la ceremonia. Describiendo en las partes donde brillaban las luces, vi presto un río de multitud; y pasando por una larga calle de esfinges marmóreas, cuya blancura realzaba la sombra verdinegra de los sicomoros que las rodeaban, llegué al gran vestibulo del templo, y encontré comenzadas ya las ceremonias de aquella noche.

En aquel vasto patio, rodeado por una doble fila de columnas, y abierto por arriba a las estrellas del cielo, vi un grupo de sacerdotas jóvenes, que con un paso mesurado, entre pasos y danza, giraba en torno de una pequeña urna, sobre ^{la cual} estaba en pie un ave de aquello pájaro sagrado que se dedica a la luna por el variado color de su alay. El vestibulo se hallaba debilmente iluminado, pues solo ardían una lamparas de aceite en cada una de las grandes columnas que lo circundan. Pero habiéndome colocado tray de una de ellas, pude ver distintamente a las jóvenes bailarinas, segun pasaban delante de mí, una en pos de otra.

28 = La ropaza larga y elegante era blanco como la nieve; y cada una llevaba atada ligeramente en la cintura una faja o banda azul, salpicada con estrechitas del

plata, como el firmamento á media noche. Los lieros
 blancos del hilo iban entretajidos entre sus caballos
 negros, porque esta flor se considera grata á la luna,
 como al astro del dia las flores soladas del girasol.
 Segun iban pasando ante la lámpara, brotaba de
 ella senos un rayo de luz, que segun percibi, era la
 reflexion de un espejito que llevaban junto al hom-
 bro, segun acertumbant las mugeres orientales.
 Ninguna musica regulaba su paso; pero segun
 giraban gravitadamente al rededor de la pájara clocca
 se en las uñas, acompañaban harmónicamente la
 cadencia de sus pies, una con la castañeta, otras con
 el sistro, que llevaban levantado en la actitud de
 su divina lei; mientras las ultimas sacudian á cada
 paso una cadencia de plata, cuyo sonido, y merelando-
 se al de la sistro y castañeta, producia una har-
 monia extraña, pero no desagradable.

Todas parecian bellas; pero sobre todo una, a cuyo
 rostro no habia flejada la luz, por que llevaba
 inclinada la cabeza, atrajo y concentró al fin toda
 mi atencion. No sé por que habia un atractivo en
 aquellas facciones medio invisibles, un encanto en las
 sombras mismas que pendia sobre su imaginada
 hermosura, mil cosas mas interesantes para mí que
 la manifiesta beldad de sus compañeras. Aquella
 siquiere misteriosa encadenó tanto mi fantasia, que
 ella sola absorbió mi mirada y pensamiento, á
 ella sola seguí intencionalmente mi ojo cuando gra-
 ba en torno de la uña con paso tan leve y ac-
 ceso, como si su presencia, semejante á la de un
 espíritu, debiera sentirse y no verse.

Mientras yo la contemplaba estático, resonó el es-
 truendo ruidoso de mil címbalos; abriéronse como por
 magia las puertas enormes del templo, y llenó to-
 do el vestibulo un torrente de luz que salia de la
 nave interior iluminada: á la vez, como si la luz y

30.
la armonia naciesen al mismo tiempo, salieron mez-
clados con aquel esplendor lo era de una musica
deliciosa.

Entonces, á favor de aquella luz que iluminó de lle-
no las facciones de la doncella, (cuando al abrirse las
puertas abrió los ojos á mirarla, y volvió á bajar
lo al punto,) entonces vi lo que ^{me brillante} en su ~~su~~ ^{me} ~~su~~
^{imaginativa} me habia figurado ~~en su~~ ^{me} ~~su~~
de gracia y hermosura. Allí aun la misma Piqui,
suspendida en el umbral del cielo, cuyas primeras glorias
herian sus ojos deslumbrado, pudo haber parecido
mas bella, o ubiertose de un rubor mas inocente.
Aunque tantas veces habia ya sentido el poder de
sus ojos hermosos, ninguno habian penetrado tan
profundamente ^{absorbio todas mis potencias} en mi alma. ~~experimento~~ ^{na senti-}
miento nuevo, tan ^{subito} ~~repentino~~ como la luz que lle-
vó al vestibulo; ~~que absorbio todas mis potencias;~~
y si aquella vision divina hubieses durado otro mo-
mento mas ante mis ojos, habria olvidado entera-
mente quien era y donde me hallaba, y arro-
jarme á sus pies en adoracion silenciosa.

Mas apenas resonó aquel golpe de armonia,
cuando el pajaro sagrado, que hasta entonces ha-
bia permanecido inmóvil como una imagen, es-
tendió sus alas y voló al templo; sus jóvenes adora-
doras lo siguieron con velocidad semejante á la
suya, y desapareció con la demas la que habia
dejado en mi corazon un sueno de perdurable memo-
ria. Al pasar velozmente junto á la columna en
que yo estaba apoyado, la yedra que la coronaba
se enredó en sus ~~raspaje~~, y desprendió de él un ador-
no que cayó al suelo. Era el espejito que antes ha-
bia yo visto brillar en su seno. Alíelo con mano
premosa y soñollosa, y corri á volverlo; pero ya
no habia confundido entre la muchedumbre. 30
En vano intente seguirlo, ya las naves interiores
se hallaban llenas, y aun se agolpaban á las puertas

innumerable peregrinos. Pero los sirvientes del templo ya no les dejaban entrar, y cuando yo me presenté, sus varas blancas me cerraron el camino. Perplejo, irritado entre aquella multitud de semblanzas estrañas, y viendo como enemigos á cuanto me impedían pasar, me abrí puentillas, procurando examinar las navej interiores, y cuando entre su concurso ^{á pasar} veía de cuando en cuando alguna banda estrechada ó quinata de linio, me palpitaba el corazón, creyendo haber dado con el objeto de mi solicitud. Pero todo fue inútil: por todas partes andaban filas de ninjas, pero en ninguna logré descubrir á la que buscaba.

En tal estado de agitación ansiosa permanecí el que tiempo, sofocado en aquella confusión de caras y luces, y con las nebas de cuiceno que me rodeaban, hasta que acalenturado, impaciente, no pude sufrir más. Me abrí paso del vestibulo al aire libre, corri por la calle de las esfinges hasta la playa, y me arrojé en mi bote.

Al norte de Memphis hay un lago solitario (que en tiempo de inundacion se confunde con las otras aguas) en cuyas orillas está la Necrópolis, ó ciudad de los muertos, lugar de melancólica grandera, cubierto de pirámides y urnas, donde muchas caberas reales, alivian aun en la muerte, han aguardado por siglos enteros la resurreccion de su gloria. En una fila de grutas papuleales subterráneas yacen los habitantes sucesivos de la tumba, mirando á cada generacion nueva que se les une, con el mismo aspecto y facciones que tenían hace alguno siglo. Todas las plantas y árboles consagrados á la muerte, desde la flor del gamon hasta el plátano místico, prestan su perfume ó sombra á esta poblacion de papuleas; y el solo rumor que turba su eterna calma es el triste susurro de los sacerdotes que venan cuando viene algun nuevo morador á la ciudad silenciosa.

Hacia este funebre sitio dirigi casi maquinalmente

mi barca, perdido en cavilaciones medicoratas y meditaciones.
 31/ Sin cesar tenia delante la figura de la jó-
 ven sacerdotisa, y atoraba en mi mente aquella m-
 rada suya, cuya memoria sola equivalia para mi á to-
 das las sonrisas presentes ó futuras de un sexo. Absor-
 en mi tierno delirio, seguia remando, sin saber donde
 iba, hasta que ~~me~~ adorado al hallarme entre la so-
 bra de la Ciudad de lo ~~muerto~~, levante los ojos, y
 sucesivamente vi abrirse ante mí pirámides tras
 pirámides, cada cual superior á la que precedia,
 hasta que domine á todas la última, en cuya cú-
 pide parecia descansar la luna, como sobre un
 pedestal.

Acorgueme á la orilla, elevada lo bastante para
 que esta ciudad de los monumentos quedara sobre el
 nivel de la inundacion, y deje al bote flotar á su
 arbitrio sobre el agua, mientras mis pensamientos que
 como el se hallaban sin direccion, fluctuaban no me
 nos incierto. Cuas varios y vagos eran los sueños que
 entonces pasaban por mi espíritu, mezclandose con toda
 aquella vision brillante del templo! Una vez la
 miraba ante mí como un espíritu aéreo, tan pura
 cual si fuera su única habitacion el elemento de
 musica y luz en que la habia visto desvanecerse. O
 tras, convertida por el amor en criatura de la tier-
 ra, parecia inclinarse hácia mí con miradas de ten-
 dencia, que yo daría mil mundos por inspirarla un
 solo instante; y por fin, cuando se renovaban las
 ideas frías que me perseguian, la miraba fría,
 seca, canchacida, entre la sombra de los sepulcros
 eternos que tenia delante.

Este último pensamiento me hizo estremecer, y apar-
 tando la vista del cementerio, vi sonar un remo en el
 agua, y á poco instante, vi pasar velosamente hacia
 la playa un pequeño bote, en que iban dos mugeres

~~tienda~~ y velada. Desembarcaron junto al sitio en el que yo me hallaba, cubierto por la sombra de un monumento, y el bote se volvió con la misma velocidad que vino.

La idea de una aventura amorosa nunca se me pudo ser mas grata que en aquellos momentos, cuando mi fantasia estaba formando a mi covarona unas cadenas que amenazaraban imponerme un yugo el mas difícil de sacudir. Enamorarme asi de una criatura fantástica, era lo peor de las locuras, por ser la mas duradera. La realidad sola puede destruir por tales hechos, y el idolo que yo me estaba creando debía permanecer ideal para siempre. Por lo mismo, ^{debia serle tan grata como útil} cualquier suceso que me destruyese se del tales pensamientos, y sacando a mi imaginacion de las regiones vagas en que iba perdiendome, la restituyese a la tierra y a sus realidades. Observé el camino que tomaban los dos figurones, y amarrando precipitadamente mi bote en la orilla, salí de él con precaucion, y los saqué a poca distancia. La vereda que seguian era intrincada y tortuosa; mas favorecida por la brillante luz de la luna, logra no perderla de vista, mientras iban desliziándose con paso veloz entre los monumentos. Por fin, se me desaparecieron del repente en la sombra de una pequeña pirámide, cuyo ~~vértice~~ cúspide apenas excedia en altura a lo platano que la rodeaban. Corrí a ella, pero no hallé en su inmediacion la menor señal de vida; y si mi creencia se hubiera extendido a otro mundo, habria imaginado que aquellas formas eran espíritus salidos de allí para buscarme, tras el instante fue su desaparicion. Al cabo, examiné de una ~~manera~~ ^{manera} costado de la pirámide, que tenia varios escalones, hallé en su mediania una parte de

34.
la superficie, que aunque á la vista parecia perfectamente igual y tersa, me parecia que indicaba al tacto ser una abertura oculta.

Despues de vario esfuerzo y experimento, aprehí por casualidad el resorte de aquella puerta misteriosa. Abríala al punto, descubriendome la entrada de una escalera estrecha, cuyos dos ó tres escalones primero se distinguian con la luna, que dando los demas envueltos en profunda oscuridad. Aunque era difícil concebir que las personas á quienes yo habia seguido se arriesgaran á penetrar por aquel paso tan labrado, aun era muy difícil explicar de otra manera su desaparicion. En todo caso, aquellas aventuras habian excitado mucho mi curiosidad para que yo pudiese abarzonarla; por lo que, encomendandome alegremente á la Reina de amor, cuyos ojos solo me miraban, pasé el umbral, y descendí á la pirámide.

Capítulo 6.º

Al pie de la escalera me encontré en un pasadizo bajo y estrecho, por el que parecia sin posible entrar sino á gata. Seguí sus vueltas y revueltas, en cada una de las cuales iba siendo mayor y mayor la oscuridad. "Puede esta," decía yo entre mí, "ser la mansion de algun ser humano?" Pero apenas acababa de hacerme tal pregunta, cuando me hallé al fin del pasadizo en una galeria prolongada, en cuyo último extremo vislumbraba una luz. Parecia salir de alguna entrada ó gabinete en que terminaba á la derecha el muro de la galeria, y me diriji hácia ella.

con el mayor silencio posible, y lleno de ansiosa curiosidad.

Llegué al extremo de la galeria, y se presentó a mis ojos una escena para la cual no podía haberme preparado ni mis anticipaciones mas ardientes de aventuras extraordinarias. La luz salia de una capillita, cuyo interior veia yo distintamente desde el Tirson oscuro en que estaba, sin que en él pudieran verme. En las paredes de este oratorio se veian pintados algunos de los varios simbolos con que la sabiduría mística de los Egipcios gusta de figurar la historia del alma: el globo alado con una serpiente, rayos de luz que bajan del cielo, y el escarabajo de Sebaj, cuando sale despues de la inundacion, y los primeros rayos del sol vigorizan sus alas regeneradas.

En medio de la capilla habia un altar de granito, sobre el que yacia un cadáver de mujer, encerrado en una urna de cristal, como se conservan los muertos en Etiopia, y tan enteros y hermosos, cual si hubiera dejado de existir pocas horas antes. Entre los emblemas de la muerte puestos en el frente del altar, se distinguian una serpiente de loto quebrada en dos, y un pájaro volador.

Empero yo puse poquísima atención en aquella memoria de los muertos, porque estaba allí un objeto vivo, que se fijaron intensamente mis ojos. La lámpara que iluminaba toda la capilla estaba junto a la cabera del cadáver; y entre su luz y yo se hallaba una mujer inclinada sobre la urna, como si contemplase las mudas fac-

ciones que tenía dentro. Como esta mujer interceptaba la luz de la lámpara, solo pude verla imperfectamente al principio. Mas aun así paffito me coraron con may fuerza, sensación en que tuvo tanta parte la memoria como la fantasía; puey al mover su cabera de manera que hizo ris' su rostro un rayo de luz, ni con un estorjo que por poco me descubrió, que era ella, la joven adoradora de Isis, la misma, quien poco antes había visto dar esplendor al lugar tanto en que se hallaba, cual si fueses habitante de otro mundo may puro y etéreo.

El movimiento que me presentó aquella vision de conciencia, lo hizo ella al tomar unas cruz pequeña de plata, ⁽⁺⁾ colocada sobre la uraa en el lugar correspondiente al seno del cadáver que contenía. Elevóla a sus labios, la besó con fervor religioso, y levantando fríamente sus ojos, los mantuvo fijos con una expresión estática, como si pudiese en comunicacion directa con el cielo, no viendo tampoco ni alguna otra barrera terrenal que lo separe del firmamento.

Que poder tiene la inocencia, cuyo desamparo mismo es su salvaguardia, antes la cual aun la pasion may vehementemente se turba, y adora humilde en el altar cuyo saqueo y profanacion intentabas! La mujer por cuya posesion hubieras arriesgado la inmortalidad una hora antes, a la que no hubiera dudado arrebatat del templo en presencia de sus altos ministros, desafiando todas las penas humanas y sobrehumanas por haberla visto, se hallaba en aquel instante a dios por su de mi, bella, desnudada, sola, como si el hado ⁽⁺⁾ la cruz con entre los Egipcios emblema de vida futura.

quimo la hubiese arrojado á mi mano, y sin
 may protección que su inocencia! Pero, no; toda
 la escena tenía un carácter tan tierno y puro,
 era tan augusta y venerable la protección que
 la muerte parecía ejercer sobre la viva, que
 olvide todo sentimiento terrenal, y aun mi amor
 se redujo á veneración y reverencia.

Ma apesar del éxtasis que me causaba su vista,
 me parecía que disfrutarla de aquel modo
 clandestino era una especie de sacrilegio; y ha
 bría querido anonadarme antes que mi ojo se
 encontrase con lo suyo, ó que algun movimiento
 de mi labio turbase aquel silencioso religioso
 en que el Amor ponía en comunión á la juven
 tud y á las muertas. Con paso cauto y tre
 mulo, ^{de ella, pendiente} me aparté de aquella
 escena tranquila y santa, dejándola tranquila
 y santa como la ^{había} encontrado; y desliziandome
 por el mismo pasadizo tortuoso que ^{me propor}
 cionó entrada, subí la escalera, y volví á encon
 trarme en el aire libre.

El sol acababa de salir, y desde la cumbre
 de los montes de Arabia espacia sereno exple
 dor sobre aquel vasto valle de aguas, como si
 reconociese lo honore tributado á su bris, que
 en aquel momento desaparecía ante el brillo su
 perior de su esposo. Mi primer impulso fue huir
 de aquel sitio peligroso, y buscar en nuevo amo
 res y placeres el olvido de lo que en él había
 presenciado. "Una vez que salga de este círculo en
 cantado," exclamabas yo, "soy demasiado susceptible
 de nuevas impresiones para no romper cuanto antes
 el hechizo que me rodea."

diera el sueño, pudiese velar mi corazón, si no mi
oído, y al salir me despertaron del paso, a pesar de
su aérea ligereza.

Apoderose de mí el sueño, después de mil esfuerzos
inútiles para resistirlo, más no por esto descansó mi
imaginación calenturienta; y la imagen de la sacer
dotisa ^{me} me presentaba sin cesar bajo mil formas
diferentes. Una vez, como Neitha en su trono de
Sais, parecía estar sentada, con el velo recién abra
do de aquella frente que ningún mortal había
visto hasta entonces; y otras, semejante a la hermosa
maga Rodope, la veía salir de la pirámide en
que había morado por siglos entre incalculables
tesoros.

Duro tanto mi sueño en medio de aquel silencio
profundo, que cuando desperté, ya reemplazaba otra
vez la luna sobre el horizonte. Al oedador de mi
lado permanecía silencioso y sin vida, como antes, y
ninguna presión de las yerbas indicaba que la hubie
sen hallado mientras yo dormía. Supero el sueño
no había calmado la agitación de mi fantasía,
sino excitádola más y más con las maravillas mi
sicas que había estado sonando, por lo que re
solví penetrar de nuevo a la capilla de la pirá
mide, y poner término, si era posible, a la ilusión
que me perseguía.

La experiencia de la noche anterior me había
hecho ver cuán inútil debía ser una luz en aquella
labyrintho, y resolví ocurrir a mi bote por una lám
para. Logré con alguna dificultad volver al punto
en que lo había dejado, y en el encuentro no solo
mi lámpara, sino algunos rústicos y frutas secas, con
cuyas provisiones andaba siempre habilitado durante
mi vida vagabunda sobre las aguas, y que entonces

te con pasión a lo mio; pero en aquel instante
 imagine que me miraban los ojos inmoviles de
 la difunta, y entristecido en medio de mi ar-
 dor, volvi a colocar la cruz sobre la pona.
 Ya pues habia perdido el rastro del objeto
 que buscaba, y estaba preparándome lentamente
 a volver a las tierras, con aquella satisfaccion
 melancólica que causa la certidumbre, aunque
 no sea grata, cuando al alumbrar con mi lámpa
 para ~~la~~ salida de la capilla, percibi
 que la galeria en vez de terminar allí, daba
 sobre la izquierda una vuelta repentina, que an-
 tes no habia observado, y que prometia conducir
 me algo mas lejos por aquella laberinto. Rea-
 nimado con tal descubrimiento, que abria a mi
 corazon nuevas fuentes de esperanza; solo eché
 una mirada a mi lámpara, como preguntándola
 si me seria fiel en las tinieblas que me aguarda-
 ban, y sin pensarlo mas, me adelanté con
 paso premuroso por la galeria.

Capitulo 4.º

Camina un rato por otro callejon estrecho y
 tortuoso, parecido a lo que halte al bajar la
 circular, y que al fin termino tambien en una
 galeria recta y elevada. Sus paredes laterales se
 hallaban cubiertas por dos filas de cadáveres, cada
 uno en pie una junto a otros, y ^{vidriosos,} cuyos ^{ojos} ^{se}
 reflejando al paso del brillo de las lámparas,
 echaban sobre mi una luz sobrenatural y si-
 nistral. Cuando llegué al extremo de esta galeria, se ve-

do termino de repente a quella escalera, y me
 fue imposible seguir bajando. Su vano esten
 di el pie buscando apoyo, pero solo hallé
 bajo de mi las paredes teras, duras, y respen
 diatras del foro. Inclinando al fin la cabeza
 para que la luz cayese hacia abajo,
 distinguí una abertura estrecha situada prec
 samente sobre el último escalon, y cierta de que
 solo por allí podia irse uná adelante, logré
 introducirme en ellas con alguna dificultad.

Hállame en una enalera estrecha y áspera,
 cortada en la pena viva, y que descendia es
 piralmente en la misma direccion que el po
 zo. Casi desvanecido con aquella bajada, que
 parecia interminable, llegué por último al fon
 do, y me hallé con una puerta enorme de
 hierro, que me cerraba completamente el
 paso. Pero apesar de su maizé y tamaño gi
 gantesco, ni con sorpresa que la mano de un
 niño podia abrirla con facilidad, segun la
 facilidad con que cedieron sus grandes hojas
 a mi simple tacto. Mas apenas las hubo para
 do, cuando volvieron a cerrarse con estruendo
 tan terrible, Capaz de haber despertado a la
 misma muerte.

de aquel mundo vasto y subterráneo, desde las
 Catacumbas de Alejandria hasta el valle
 de las Rejas en Tebas, prolongaban y repe
 tian el fragor tronante y pasoroso.
 Mas aunque aquel estruendo sobrenatural
 me arrojó al pronto, no alcancé a distraer
 mi atencion de la luz que se me presenta
 ba, dulce, tibia, deliciosa, como las estrellas de
 su nativo Sur al marinero que ha vagado por

paciencia, se me enfrió la sangre el contem-
 plar estremecido el profundo interior de
 aquella caverna, no tanto por su os-
 curidad, cuanto por una especie de crepus-
 culo pálido y silencioso, del que salía un
 vapor fétido y frío, como el que emite
 las bóvedas sepulcrales; y entre el cual
 si no me engañaban mis ojos, vagaban
 en aquel momento mil figuras indistintas,
 parecidas a espectros o fantasmas.

Mirando al rededor ansiosamente, por ver
 si descubría alguna salida meca, forada-
 ble, observé sobre las vastas pueras que acaba-
 aban de pasar, una luz azul y formida-
 ble que después de vagar algunos minutos sobre el
 fondo oscuro de la pared, se formó gradual-
 mente en caracteres luminosos las siguientes pa-
 labras.

Fué que intentas seguir ansioso
 este oscuro terrible camino,
 obediendo a la voz del destino,
 y la vista no vuelvas atrás.
 Purifica tu mente confusa
 con el aire y el agua y el fuego,
 y si triunfas magnánimo, luego
 a la luz del sol tornaras.

Tornaras, poseyendo felice
 el estete y esplendido arcano
 que hoy vesconde al imbécil profano
 el grato velo del místico altar.
 Mas si acaso —

atqui se demarcan las letras, formando un rastro

cuyas se constataron ^{una} ~~un~~ corazones mas habituales
 a riesgos que el mio.
 Intercaptaban completamente al paso un
 bosquicillo formado por los árboles mas com-
 bustibles de Egipto, como el tamarindo, el
 juno y el balsamo arábigo. Entorno de sus
 troncos y ramas se enroscaban serpientes de
 fuego, que pasando ~~en rapidos~~ ^{velozmente} de uno a
 otro, envolvian el fuego por todas partes, y
 envolvian en el incendio general a un árbol
 trayendo con la misma rapidéz con que se
 abrasan en el estio las juncales de Egipto,
 cuya luz hace ⁴⁴ ~~resplandecer~~ ^{resplandecer} por la noche la
 catarata lejanas del Nilo.
 Si que me era indispensable pasar por el
 medio de aquel bosque encendido, y que no debia
 perder un instante. El fuego se extendia rapi-
 damente ~~por todas partes~~ y ya la estrecha
 vereda estaba sembrada de chipas. Arroje pues
 mi ya inútil lámpara, me cubri la cabeza
 con el manto, para protegela de algun
 modo, y agitado por un temblor universal,
 me arrojé por el medio de la hoguera.
 El punto, como si mi presencia hubiera
 duplicado el vigor de la llama, se aumentó
 el incendio por todas partes al rededor de mí.
 Los árboles se enroscaban sobre mi cabeza,
 formando una bóveda ignea, y las serpientes,
 que pendian silvando de las ramas inflamadas,
 vomitaban sobre mí al pasar una lluvia de
 chipas. Nunca fuere mas necesario, la activi-
 dad y decision, pues un solo minuto de vacilacion
 o estoradura me habria costado la vida. Cer-

y conservar levantada en la izquierda mi antor-
cha para que me guiara su luz a la orilla
opuesta.

La lucha que siguió fue larga y formidable.
Venido muy de una vez por el impetu de las
aguas, desesperé de mi salvacion, y me creí des-
tinado a la misma suerte ~~de~~ aquella a-
pariciones funebres, que aun pasaban junto
a mi, arrastradas con tristísimo grito al fondo
de algun abismo invisible y cercano.

Por fin, cuando ~~ya~~ sentia mis fuerzas casi
agotadas, y mi mano desfallecida solaba ya
el último resto de la tea, percibi no lejos
una escalera que salia de las aguas, y subia
casi perpendicularmente hasta confundirse en un
masa densa de nebl. Esta ojeada instantanea,
que alcancé en el momento de espirar mi luz,
dio nuevo impulso a mi valor, y teniendo libre
ya los dos manos, hice con ellas tan desespera-
do esfuerzo, que despues de luchar con la corriente
te algun minuto mas, senti ~~golpe~~ chocar mi
frente contra la escalera, y al instante inme-
diato ya estaban en ella mis pies.

Contento con haber logrado salir de aquel tor-
rente peligroso, subí prontamente la esca-
lera, aunque sin saber donde me guiaba. Pe-
ro mi consuelo y confianza duraron muy poco.
No habia subido mucho, cuando advertí horro-
rosos que los escalones iban desplomandose uno
tras otro, segun levantaba de ellos mis pies, de-
jandome colgado en el aire, sin ~~may~~ alternativa
que la de seguir subiendo por aquel piso mo-
mentaneo, y con la terrible duda de si se desfal-
daria completamente con mi peso.

nidad reconocen número y términos.
 La repetición de tales pruebas era superior
 a la fuerza humana. Casi desmayado, iba
 ya a soltar el anillo, cuando repentinamente
 se moderó la tempestad su furia: cesaron
 poco a poco mis vueltas por el aire, y ~~me~~
~~percibí~~ que el anillo descendió conmigo lenta-
 mente, hasta que traté otra vez apoyada
 mis plantas en un pie firme, como no me
 por gozo que el del marino naufrago
 al tocar de nuevo la tierra.
 En aquel instante mismo llenó todo el
 aire la luz más suave y deliciosa. A dis-
 tancia resonaba una música celestial, seme-
 jante a la que suele halazarse en sueños,
 y seguía iban recobrando gradualmente mis
 ojos sus facultades, se les revelaba una es-
 cena de gloria, que aunque viva y real,
 parecía exceder aun a las visiones de la
 magia oisón más exaltada. Halléme en un
 jardín inmenso, dividido por calles magníficas
 de luz y verdura, y regado por infinitas
 fuentes, cuyas aguas simulaban entre las flo-
 res, como arroyos del vida. No se echaba allí
 ni un encanto alguno de los que jamás sonaron
 o prometieron los profetas en sus pre-
 turas del Eliseo. Por entre los árboles vislumbraba
 a lo lejos escenas de bosque se distinguía
 en la claridad de aquellas que reflejaban las
 de cuando, el curso de ríos, transparentes y la
 luz en sus aguas puras y por innumerables y
 borlato de flores conducían bellísimas, templos
 misteriosas, frescura y silencio. Hermosísima estaba en
 de ~~fulgor~~

Historia." y despues de haberme contempla-
do algunos momentos con grave atencion,
añadió en tono cortés y afectuoso: "La vic-
toria sobre el cuerpo está ya conseguida!
Sígueme, jóven Griego, al sitio en que es-
pera el descanso."

Obedecí en silencio; y el sacerdote, apartando-
se de aquella escena magnífica, tomó un sen-
dero solitario, en que segun adelantábamos
iba debilitándose la luz, me condujo á un
cenador sombrio, junto á un arroyo murmu-
rador, al que parecia presidia el génio gra-
to del sueño. Y teniéndome allí un lecho de
adormideras secas, me dejó entregado al re-
poso.